

tamos en verano, y la convocatoria —un anuncio de pago entre los anuncios cinematográficos— augura la posibilidad de distraerse durante un par de horas al fresco de la noche. En la lista de espectáculos figuran dos recitales de canción, uno de guitarra, cuatro programas de "ballet", una ópera, una opereta y hasta cuatro espectáculos dramáticos. Son, exactamente: "La tierra es redonda", de Salacrou, por la Compañía de Teatro Retablo; "La lozana andaluza", versión de la novela de Delicado, por la Compañía Corral de Almagro; "La Malquerida", de Benavente, por la Compañía de Enrique Diosdado y Amelia de la Torre, y "El conde Lucanor", de don Juan Manuel, como sesión de teatro infantil presentada por el Teatro Estable de Jóvenes.

En la lista figuran una serie de nombres solventes. Pero, ¿por qué esos cantantes y no otros? ¿Qué criterio los agrupa? Y en el capítulo puramente dramático, ¿por qué esos títulos y esas compañías? No lo sé ni se ha hecho pública la razón. Son cuatro títulos nada nuevos, que, igual que este año pudieron hacerse el pasado, o el otro, a menos, claro, de tropezar con la espiritualidad de los que se avergonzaban de Delicado —el inevitable don Marcelino creyó firmar de una vez por todas la condena— o veían con inquietud los crípticos paralelismos políticos sugeridos por la obra de Salacrou. En cuanto a las compañías, poco o nada sabe el espectador provinciano. De Enrique Diosdado y de Amelia de la Torre sí, por supuesto. La idea de ver a los dos haciendo "La malquerida" tiene incluso para muchos el valor de un reencuentro con el pasado. Pero de la Compañía Corral de Almagro, de reciente formación; de la Compañía Retablo y de ese inquietante Teatro Estable de Jóvenes, casi nadie sabe nada, la verdad. Lo cual no es artísticamente grave, puesto que el trabajo de esas tres hasta ahora desconocidas compañías puede ser excelente; pero quizá sí lo es a la hora de despertar el interés de un público muy poco dispuesto a ello.

¿Ayudarán los "medios de comunicación social" a paliar el problema? Triste esperanza. La verdad es que en el periódico local de más prestigio —ese que dedica varias páginas a hablar de la futura autonomía y de las carencias culturales de la ciudad— han salido del paso con una gaceta y un recuadro pagado. ¿Será por la raíz "centralista" de los Festivales? Es evidente que no. Pues ni siquiera eso se



discute. Aparte de que en la programación hay obras y gentes que valen la pena. Simplemente al director del periódico, como representante de la "cultura ciudadana", el teatro le trae sin cuidado.

Debajo del cartel, la cita de los patrocinadores: "Teatros Nacionales y Festivales de España. Excelentísimo Ayuntamiento de...". Lo que nos lleva a otra pregunta: ¿creerá acaso el Ayuntamiento que "cumple" con aportar su parte de subvención? Me entero, y me limito a constatar el dato, que el alcalde es de Alianza Popular y está en el puesto desde hace varios años...

Así, con sus pequeñas variantes, han ido transcurriendo los quinquenios. Hasta llegar a este verano del 77, en el que tantas cosas deben razonablemente empezar a cambiar. Una, en lo que al teatro se refiere, el concepto de "Festivales de España", una institución que si tuvo a su favor el encomiable propósito de llevar a todo el país una serie de espectáculos de "calidad" —nacionales e internacionales—, tuvo en su contra la selección centralista de tales espectáculos y su presencia puramente episódica —como parte de un programa de feria— en la vida teatral de cada ciudad.

En el fondo, es obvio que todo ello respondía a un concepto "verticalista" de la política cultural. Si, a partir de ahora, la Administración se plantea seria-

mente otro tratamiento del tema, si va adelante el proceso de afirmación de las diferenciadas personalidades que conviven dentro del Estado español, si las próximas elecciones municipales instauran una gestión más atenta a los bienes y servicios culturales de cada ciudad, si los "medios de comunicación" no restringen su "responsabilidad" al sensacionalismo político, los Festivales, tal y como han sido concebidos hasta ahora, pasarán a mejor vida, sustituidos por unas manifestaciones mucho más ligadas a la realidad social. Tanto en la selección —debatida públicamente— de los espectáculos, como en la inserción de trabajos generados en la misma ciudad, como en la relación entre esa manifestación y la vida teatral cotidiana, como en una política de información y de atracción de públicos que corresponda al carácter fuertemente subvencionado —con todas las implicaciones que ello trae consigo— de esas representaciones. Objetivo, digámoslo claramente, que no va a alcanzarse ni por decreto, ni por la buena voluntad de unos pocos ni por la declaración programática de ningún partido, sino a través de un nuevo concepto público de la cultura.

Hasta que eso llegue, intentaré comentar, a través de las correspondientes críticas, el valor de los espectáculos que cubren la última temporada de los Festivales de España. Y que van a ser,

durante todo el verano, la "única posibilidad" de ver teatro en tantos lugares. ■ JOSE MONLEON.

Salacrou: El "fascista" Savonarola

Con una proclamada voluntad "descentralizadora", la nueva Compañía Retablo se ha lanzado a la Campaña de Festivales del 77. La verdad es que, en este punto, tal proclamación sólo es verdad a medias, pues si es cierto que la Compañía presentará su trabajo en muchos lugares antes de hacerlo en Madrid, no lo es menos que lo hará gracias a un organismo muy enraizado en la Administración Central, que asegura una cantidad fija a cada Compañía y que sustrae a éstas de los graves problemas que supone hoy, después de tantos años de centralismo, una respuesta teatral asentada lejos de Madrid.

Dicho lo cual, conviene apresurarse a señalar que la Compañía Retablo ha montado una interesantísima versión de "La Tierra es redonda", de Salacrou, que esperan llevar al María Guerrero el próximo otoño. Espectáculo que, estamos seguros, va a ser, en lo que al capítulo dramático se refiere, no ya de los puntos altos de los Festivales, sino del teatro que, no importa en qué lugar del país, podrá verse este verano.

Se centra "La Tierra es redonda" —sin duda la obra más ambiciosa y más estimulante de Salacrou— en la etapa en que Savonarola se enfrentó, en nombre de un concepto mortificante de la moral, con lo que consideraba depravación de la corte papal y de la sociedad católica. Estábamos a finales del siglo XV. El mundo empezaba a saber que la Tierra era redonda. Los Borjas dirigían la cristiandad desde Roma. El Renacimiento planteaba una nueva concepción de la libertad, del placer y del individuo, mientras que en la Florencia de los Médicis crecía la figura medievalesca e intolerante de Jerónimo Savonarola. Para Salacrou lo fundamental era contraponer el concepto encarnado por Savonarola —una vida hecha en el "temor de Dios", asentada en el Juicio Final y en el pecado de cualquier complacencia en los bienes terrenales— a los